
La praxis política de los Sindicatos y Movimientos Sociales

Tensiones y articulaciones en la experiencia neuquina

José Luis Bonifacio*
boniluis@yahoo.com.ar

Resumen

El artículo pretende reflexionar sobre las complejas y tensas relaciones entre los sindicatos y los movimientos sociales a partir de estudios empíricos realizados en la provincia de Neuquén desde mediados de los años noventa hasta mediados de la presente década. Se parte de la hipótesis de que ambas organizaciones contienen lógicas de acción colectiva y construcción política diferentes. Estas lógicas estructural y objetivamente crean dificultades (a veces hasta enfrentamientos) de articulación y acción en conjunto sobre todo en momentos en que la protesta adquiere mayor potencia y visibilidad.

Los estudios realizados muestran que la experiencia neuquina aparece como un lugar emblemático para explorar los vaivenes, las ambivalencias, las potencialidades y también los fracasos de la relación entre sindicatos y movimientos sociales.

A la hora de explicar las razones que dificultaron e hicieron fracasar la unidad de sindicatos y movimientos sociales, desde la izquierda partidaria se ha tendido, de manera general, a enfatizar el carácter "*burocrático y traidor*" de las conducciones sindicales. Sin embargo, sin pretender justificar el comportamiento de las directivas sindicales y en el afán de contribuir a encontrar explicaciones que puedan servir a la praxis y a la unidad de las clases subalternas, este trabajo pretende ofrecer otras interpretaciones.

sindicatos - movimientos sociales

* José L. Bonifacio es Profesor e Investigador del Departamento de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional del Comahue. Este trabajo forma parte del Proyecto de Investigación D/068 denominado "La construcción de las identidades colectivas en las organizaciones de trabajadores desocupados de las provincias de Neuquén y Río Negro".

The political praxis of unions and social movements

Unrest and connections in the Neuquén experience

Abstract

unions – social movements

This article seeks to reflect on the complex and tense relationships existing between trade unions and social movements on the basis of some empirical studies carried out in the province of Neuquén from the mid-nineties to the middle of the present decade. The starting point is the hypothesis that both organisations have different collective action and political construction procedures. These lines of reasoning create structural and objective difficulties (sometimes even conflicts) in the articulation and joint action, above all, when the protest becomes more potent and visible.

The studies reveal that Neuquén seems to be an emblematic place to explore the ups and downs, the ambivalence, the potentialities and the failure of the relationship between trade unions and social movements.

When explaining the reasons that have made it difficult to reach the unity of trade unions and social movements, left parties have emphasised the “bureaucratic and treacherous” nature of union leaders. However, without the intention of justifying the leaders’ behaviour and with the objective of contributing to the discovery of other explanations, this article offers alternative interpretations.

Introducción

En Argentina, en los últimos treinta y cinco años, las clases sociales sufrieron profundas transformaciones, tanto en lo que concierne a su composición socio-ocupacional como en sus capacidades de movilizar poder político y económico. Estas transformaciones, en la actualidad, se manifiestan en una desigual redistribución del poder social a favor de las clases dominantes y al mismo tiempo en las formas de vida y en las relaciones de las clases que componen la sociedad. Las clases medias se empobrecieron y fragmentaron y los sectores populares sufrieron un proceso de pauperización y territorialización.

La reconfiguración del poder social tiene su origen en la instauración de un régimen de acumulación excluyente impuesto de manera brutal en la última dictadura militar. Esta desigual distribución del poder social se acentuó a mediados de los noventa cuando las consecuencias de la implementación del neoliberalismo generaron una reproducción ampliada de las asimetrías y desigualdades que afectaron las oportunidades de vida y la capacidad de acción de las clases medias y populares. Los años noventa sellaron ferozmente las asimetrías sociales preexistentes y éstas se tradujeron en una pérdida de gravitación política y económica de los sectores medios y populares, y su contrapartida es una creciente concentración de poder de los sectores altos y medios-altos de la sociedad¹.

En esta **nueva configuración social**, a mediados de los años noventa, comenzó a manifestarse la resistencia de sectores subalternos a través de **movimientos sociales de nuevo tipo** que activaron un repertorio de acciones colectivas que se diferenció de la acción clásica de los sindicatos y los partidos. Ocupaciones de tierra, cortes de ruta, tomas de instituciones estatales, recuperación de fábricas y espacios culturales, saqueo y revueltas de comercios e hipermercados, entre otros, de pronto pasaron a formar parte del paisaje social urbano.

Podríamos aventurarnos a afirmar que el ciclo de protesta de estos nuevos movimientos sociales se inicia

¹Maristella Svampa. *La Sociedad Excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires. Taurus, 2005.

con el Cutralcazo de 1996 al grito de “*Que venga Sapag*” y alcanza su máxima expresión en el Argentinazo de diciembre de 2001 al grito de “*Que se vayan todos*”. En este período se desata un proceso político caracterizado por el despliegue de nuevas modalidades de acción colectiva que fueron llevadas a cabo al menos por los siguientes movimientos sociales: el movimiento piquetero, el de fábricas recuperadas, experiencias de trueque, los movimientos territoriales y su lucha por la tierra y el hábitat, los colectivos culturales, los movimientos ambientales, de género, de derechos humanos y los pueblos originarios. Al mismo tiempo la puesta en movimiento de estas nuevas prácticas terminó influyendo en las formas de manifestación de movimientos sociales ya institucionalizados como **los sindicatos**².

²Los cortes de ruta instaurados por los movimientos piqueteros fueron tan efectivos que incluso esta metodología fue utilizada como método de presión por la tradicional Sociedad Rural Argentina durante el año 2008.

Aunque la mayoría de los movimientos sociales mencionados ya existía, resultó evidente que adquirieron un nuevo ímpetu desde fines del año 2001. Para quienes se detuvieron a observar de qué se trataba o directamente se involucraron en ellos, fue posible comprender que habían adquirido nuevas formas de autoconciencia y que a su interior surgían prácticas sociales caracterizadas por **la democracia directa, la acción directa no convencional y disruptiva y una fuerte demanda de autonomía de la política tradicional**. En fin, el año 2001 pasará a la historia como el período donde estallaron todas las contradicciones que había acumulado el neoliberalismo a lo largo de varias décadas. El conjunto del país vivió los momentos de un **cambio de época** en el que diferentes sectores sociales debieron medir sus fuerzas en busca de una posición en la disputa por la redistribución del poder social que los mismos actores en lucha estaban gestando.

En el escenario de los noventa también verificamos una reconfiguración de la matriz sindical ya que asistimos a la conformación de dos nuevas centrales sindicales junto a la ya tradicional Confederación General de Trabajo (CGT): el Movimiento de Trabajadores Argentino (MTA) y la Central de Trabajadores Argentinos (CTA).

La CGT, en el nuevo escenario neoliberal, viró hacia

un sindicalismo de tipo empresarial, altamente burocratizado. La dirigencia pasó a considerar a sus afiliados más al modo de clientes que de trabajadores. Bajo esa esencia negociadora, logró el monopolio de la representación sindical, el control de fondos de obras sociales, la participación en las listas partidarias del Partido Justicialista. Del mismo modo, diversos sindicatos nucleados en la CGT, se beneficiaron con las privatizaciones, la reforma previsional y de seguro de los accidentes de trabajo. Esta central de trabajadores asumió un lugar en la estructura de poder, tomando parte en la ejecución del plan de ajuste, apoyando la aprobación de la Ley de Empleo e incluso erigiéndose en cada lugar de trabajo como los comunicadores de las implicancias de dicha ley, esto es, informar sobre las nuevas condiciones de trabajo, que significaban la vulneración de derechos conquistados históricamente por la fuerza y organización colectiva de los trabajadores. La cuestión del ser parte del ajuste, se materializó en la CGT en el hecho concreto de representar únicamente al sector ocupado de los trabajadores y trabajadoras, en un momento en que las privatizaciones y el desmantelamiento del Estado, hicieron de la desocupación y precariedad laboral, una realidad obligada para miles de trabajadores.

El MTA, se constituye en 1994 y se compuso fundamentalmente con sindicatos ligados a los camioneros, el transporte de pasajeros, los taxistas, los trabajadores de publicidad y televisión, etc. Esta composición expresaba la transformación de la estructura económica argentina que pasó a tener una fuerte incidencia en el sector servicios. Esta central adoptó una estrategia de presión que le permitía, sin alejarse por completo de la CGT, participar de movilizaciones y medidas contestatarias protagonizadas por la CTA y la CCC. La llegada al poder de un gobierno no peronista, la Alianza en 1999, fue la que le procuró el escenario favorable para su expansión: la ruptura con la CGT, la cuasi-desaparición del sector ferroviario, el crecimiento de los servicios, en un marco de profundización de la precarización laboral, a la vez que de un desmantelamiento del modelo industrial.

La CTA conformada principalmente por trabajado-

res estatales nucleados en la Asociación de Trabajadores del Estado (ATE) y la Confederación de Trabajadores de la Educación de la República Argentina (CTERA) comienza en proceso de separación de la CGT en 1991 para crear el Congreso de Trabajadores Argentinos que se organiza definitivamente como Central de Trabajadores Argentinos en 1995 bajo la conducción de Víctor de Gennaro. En todo su trayectoria, esta organización se constituyó como opositora al modelo neoliberal. A partir de 1996 esta central adoptó una estrategia innovadora que consistió en la ampliación de las formas de representación, a partir del armado de multisectoriales y de la inclusión de trabajadores y trabajadoras desocupados. Actualmente la central cuenta con casi un millón cuatrocientos mil afiliados y ha sumado trabajadores industriales entre sus filas.

La Acción Colectiva de los Sindicatos y los Movimientos sociales en la experiencia neuquina

En este escenario de reconfiguración económica, política y social, las repercusiones en el plano de la acción colectiva comenzaron a hacerse sentir: los trabajadores estatales y los trabajadores desocupados serían los que desde mediados de los años noventa iniciarían un ciclo de protesta de nuevo tipo que llegaría a su punto más álgido en diciembre de 2001.

Las primeras señales de descontento social se manifestaron en las provincias. El primer estallido social ocurrió tempranamente en Santiago del Estero en 1993; luego vendrían las crisis en las provincias de Salta, Jujuy, Córdoba, Río Negro. Sus principales protagonistas serían los trabajadores estatales y sus acciones se concentraron en el cobro de los salarios adeudados. En estas provincias, los estatales llevaron adelante numerosas y explosivas manifestaciones callejeras que incluían en su repertorio, además de la tradicional movilización, la ocupación y a veces quema de edificios gubernamentales y los escraches a funcionarios públicos.

También, a mediados de los años noventa, los indi-

cadores de desocupación comenzaron a crecer rápidamente y con ello un sector de la sociedad comenzaba a quedar excluida y condenada a la invisibilidad social, ya que en el marco del consenso neoliberal muchos consideraron que éste era el costo que se tenía que pagar para sostener la estabilidad económica. Sin embargo, los excluidos del mercado de trabajo no se resignaron a esta situación y durante este período comenzaron a realizar sus primeras apariciones públicas, a través de renovadas formas de acción colectiva. La expresión más significativa se iniciaría en Cutral C6 en 1996 y se extendería rápidamente al conjunto del territorio nacional.

A pesar del alto grado de conflictividad social que se verific6 en la sociedad a mediados de los noventa, entre los trabajadores estatales y los trabajadores desocupados hubo una escasa articulaci6n. Al hacer un balance de la relaci6n entre los ocupados representados por los sindicatos y los desocupados organizados a la manera de movimientos sociales, la experiencia neuquina aparece como un lugar emblemático para explorar los vaivenes, las ambivalencias, las potencialidades y tambi6n los fracasos de la relaci6n entre poblaci6n asalariada: centralmente docentes y estatales, con los desocupados: que hacen su aparici6n como nuevo proletariado plebeyo.

La conformaci6n de un nuevo proletariado urbano y plebeyo en el ciclo de protesta neuquino estuvo directamente unida al proceso de descolectivizaci6n que sufri6 la clase trabajadora, especialmente de aquellos sectores ocupados en las ramas de extracci6n de hidrocarburos y la construcci6n. La identidad colectiva de estos trabajadores hasta la irrupci6n del proceso privatizador y las polítimas neoliberales había estado ligada, en el caso de los trabajadores de YPF, al modelo de civilizaci6n territorial que la empresa estatal imponía, y en el caso de los trabajadores de la construcci6n, a la l6gica de intervenci6n del Estado que emprendi6 grandes obras hidroeléctricas y de infraestructura social. Sobre este modelo productivo este sector de trabajadores desarroll6 y acumul6 una experiencia de protesta acoplada a la acci6n sindical.

El poderoso Sindicato Único Petroleros del Estado (SUPE), a través de un tácito pacto corporativo con el Estado, se encargaba de resguardar la estabilidad laboral y la extensa red de servicios sociales, recreativos y residenciales que tornaban a los trabajadores de YPF una suerte de aristocracia obrera dentro de las empresas productivas que administra el Estado Nacional. Con la llegada de las privatizaciones, el SUPE colaboró con este proceso, generando un sentimiento de desprotección, desconfianza y rechazo de los trabajadores hacia el sindicato petrolero en particular y las formas de organización sindical en general.

Los trabajadores de la construcción edificaron su identidad en las grandes obras y allí desarrollaron una novedosa experiencia organizativa ligada al sindicalismo clasista que tuvo su auge a fines de los años ochenta cuando esta corriente asumió la dirección del sindicato. Sin embargo, con la implementación de políticas neoliberales la desinversión en obra pública desplazó a la exclusión social a estos trabajadores.

Esta situación reconfiguró la estructura de la clase trabajadora neuquina. A mediados de los años noventa, mientras los trabajadores ligados a los servicios del Estado -como los docentes y los estatales- luchaban por sostener la estabilidad en el empleo, los desplazados por las políticas neoliberales comenzaban a recomponer sus experiencias organizativas de manera territorial. Aquí fueron recreadas las experiencias organizativas acumuladas en los sindicatos, pero también en la toma de tierras, en la resistencia contra las dictaduras chilena y argentina e inclusive se activaron las redes sociales clientelares organizadas por el Movimiento Popular Neuquino desde el gobierno. La emergencia de esta nueva situación fue la que generó el nuevo proletariado heterogéneo y plebeyo proclive a la acción directa y a la creación de nuevas formas de resistencia y de solidaridad que en el ciclo de protesta neuquino mostró una gran productividad política a la hora tornarse visibles frente al poder político.

Sin embargo, al momento de hacer el balance de la

relación de este nuevo proletariado plebeyo con los trabajadores ocupados, se puede concluir lo siguiente : a) fueron observados con recelo y abandonados durante la experiencia de La Coordinadora de Desocupados de 1995³, b) fueron considerados con simpatía y asombro durante la primer pueblada en 1996, llegando al clímax de potencialidad en la capacidad de articulación entre clases subalternos, c) contemplados con dudas y nuevamente abandonados durante la segunda pueblada en 1997 y d) fueron percibidos con ambivalencias durante el ciclo de protesta del 2001.

Los trabajadores aglutinados en la CTA, en una primera instancia, los incorporaron a sus filas, aunque según testimonios de referentes del Movimiento de Trabajadores de Desocupados (MTD), en la Asamblea Piqueteras de La Matanza en 2001, no tuvieron uso de la palabra sino que fue un sindicalista de ATE el que lo hizo por los neuquinos. En este esquema de representación que proponía la CTA, los desocupados ocupaban el lugar de la subalternidad. Los trabajadores ocupados en Zanón los valoraron positivamente incorporándolos a la fábrica e inclusive impulsaron, junto al MTD, la *Coordinadora del Alto Valle* que expresaría el intento de encontrar una forma organizativa para la articulación de diferentes organizaciones sociales en lucha: movimientos de desocupados, fábricas recuperadas, sindicatos estatales y partidos políticos de izquierda. La reconfiguración política creada luego del 2001 gestó un campo de múltiples organizaciones tan heterogéneo y con matrices ideológicas tan encontradas que la unidad de los trabajadores ocupados y el nuevo proletariado plebeyo resultaba una afable quimera.

A la hora de explicar las razones que dificultaron e hicieron fracasar la unidad de los trabajadores ocupados y desocupados, desde la izquierda partidaria se ha tendido a enfatizar de manera general el carácter “*burocrático y traidor*” de las conducciones sindicales. Sin pretender justificar el comportamiento de las directivas sindicales y en el afán de contribuir a encontrar explicaciones que puedan servir a la praxis y a la unidad de trabajadores

³ La Coordinadora de Desocupados fue una experiencia organizativa de los trabajadores desocupados de la ciudad de Neuquén Capital desarrolla entre agosto y octubre de 1995 que terminó con el encarcelamiento de algunos de sus líderes. Los casos más conocidos fueron los de Christiansen y Panario. (Bonifacio, 2009).

ocupados y desocupados, se realizan algunas reflexiones.

Algunas condiciones históricas y estructurales que fragmentan a la clase trabajadora

En primer lugar, una consideración de carácter general acerca de la forma en que está estructurado el modo de producción capitalista, para muchos una verdad de perogrullo, pero que es necesario destacar. La organización de las relaciones sociales fundada en la propiedad privada de los medios de producción y en la explotación de la clase capitalista sobre la clase trabajadora no puede sostenerse simplemente sobre la base de la coerción, necesitan el consentimiento de los dominados.

Las relaciones de dominación requieren que el conjunto de ideas, representaciones e intereses de las clases dominantes sean asumidos como propias por el conjunto de la sociedad. De esta manera las clases dominantes se aseguran un ordenamiento de la vida social en el cual el sentido común juega a su favor. En la organización de la vida social en el capitalismo, toda acción disruptiva generalmente aparece a los ojos de la mayoría como desviada y en contra del interés general. Por esta razón las acciones de los desocupados fueron en su emergencia calificadas por la prensa, las élites gobernantes e incluso por los dirigentes sindicales y sus bases como un *“hecho aventurero, que provoca el rechazo de los trabajadores organizados”, “acción de marginales” “de negros y marginales inadaptados”*.

En este marco general y en un contexto histórico determinado, un conjunto de mediaciones permitieron mantener este ordenamiento general. Destacamos cuatro condiciones que a mediados de los años noventa contribuyeron a fragmentar la lucha entre trabajadores ocupados y desocupados: 1) el colosal proceso de descolectivización que sufrió una parte importante de la clase trabajadora y las profundas diferencias internas que esto produjo en su interior; 2) la definición de la desocupación

desde los sectores hegemónicos; 3) las formas en que se organizan las estructuras sindicales; 4) la forma en que se llevó adelante el proceso de Reforma del Estado.

La primera condición hace referencia al proceso abrupto y vertiginoso que asumió la desocupación y a la ruptura de los marcos sociales y culturales que sostenían una relativa integración de los trabajadores al mercado y la sociedad. Si bien la clase trabajadora argentina venía sufriendo fuertes embates desde mediados de la década del setenta con la ofensiva de *la dictadura militar* y posteriormente en el período democrático con *la inflación*, a mediados de la década del noventa, *la desocupación* generó una profunda fragmentación social que reforzó la competencia entre trabajadores ocupados y desocupados⁴. En este contexto tanto la *Coordinadora de Desocupados* y más adelante las organizaciones piqueteras pasaron a ocupar el vacío dejado por los sindicatos y desarrollaron un repertorio de acciones colectivas caracterizadas por la acción directa, la toma de decisiones en asambleas y el trabajo territorial.

Esta situación confluyó con la segunda condición aquí señalada a saber: la definición de la desocupación desde los sectores hegemónicos. Aquí se consiguió construir un sentido común, sustentado centralmente por los medios masivos de comunicación, en donde la desocupación fue presentada como un fenómeno que podía ser explicado desde procesos individuales: falta de capacitación, desincentivo al trabajo. Se obvió en esta construcción las íntimas vinculaciones con la imposición de un programa económico social como es el neoliberal. Esta explicación fue parte del sentido común de la época y el discurso que politizaba esta problemática todavía no había logrado un espacio significativo en la disputa discursiva. Amplios sectores de las clases subalternas asumieron como propio esta explicación llegando a auto-culparse por la situación de desempleo.

Este aspecto, unido a las profundas diferencias en las condiciones materiales de existencia y en los repertorios de acción colectiva, fragmentaron la lucha de clases:

⁴ “La violencia sobre los cuerpos, la violencia de la moneda y la violencia del desempleo, constituyen la trilogía por el cual los sectores dominantes han mantenido un sistema permanente de coacción sobre el conjunto de la sociedad argentina”. (Lozano: 126 en Basualdo 2002).

los sectores ocupados se visualizaban en gran parte alejados de los sujetos que con palos y rostros cubiertos cortaban las rutas y éstos últimos, inmersos en una situación de aguda exclusión, no pocas veces percibieron la posición de los ocupados, especialmente de los estatales y los docentes, como privilegiada.

La tercera condición aquí señalada hace referencia a la forma en que las estructuras sindicales fueron organizadas en el marco del capitalismo. Los sindicatos de trabajadores representan una respuesta histórica, a la «asociación» que anteriormente ya ha producido el capital bajo la forma de una fusión de numerosas unidades de trabajo «muerto» bajo el mando de un patrón capitalista; y en el caso de los trabajadores estatales una respuesta a la forma como el Estado estructura las relaciones de dominación para que se subordinen a la lógica de la sociedad capitalista. Por lo tanto, en este marco, los sindicatos han tenido que establecer estructuras organizativas para enfrentar la tarea de organizar las necesidades que los trabajadores tienen como asalariados.

A modo de ejemplo, los sindicatos que forman parte de la CTA se rigen a partir de sus estatutos; de allí emergen las reglas y formalidades que estructuran la organización y a su vez los elementos a ser utilizados al momento de desarrollar la política sindical. Si bien la política del sindicato se discute dentro de este marco legal-institucional, éstas conviven con una marcada burocratización de sus dirigentes. En reiteradas oportunidades son quienes, a través de acuerdos centralizados y de cúpulas, deciden medidas que no han sido acordadas con las bases militantes y con los afiliados.

Sin embargo, más allá de esta dura realidad a modificar, aún en los sindicatos que han democratizado sus relaciones, la toma de decisiones requiere un duro trabajo a fin de lograr la participación activa, consciente y coordinada de sus miembros, es decir, como recurso final, la disposición a ir a la huelga⁵.

La cuarta condición es histórica y destaca la capacidad que tuvo el sistema político, durante los años noven-

⁵ Según Offe (1992:77) los sindicatos tienen que organizar la acción colectiva en torno a *patrones dialógicos* lo cual implica que la definición de los intereses de los afiliados se realiza mediante la acción comunicativa ampliada a nivel de las bases sociales, las cuales conforman los objetivos a seguir. Este tipo de acción se opone a los *patrones instrumental-monológicos* de acción colectiva, en donde la asociación de los miembros en una organización patronal se limita a sumar y transmitir intereses, mientras que los debates en torno a los propios objetivos se producen, si es que llegan a producirse, sólo a nivel de *la dirección*.

ta, de procesar la protesta acotándola a su dimensión local y particular. Esta capacidad de procesamiento del conflicto devenía de la forma en que había sido encarado el proceso de reforma estatal. Una suerte de desdoblamiento entre el poder político nacional y los estados provinciales permitió que se mantuviera durante los años del menemismo una dinámica de descentralización del conflicto, a pesar de las diversas estrategias de nacionalización ensayadas por algunos actores movilizados⁶. Incluso a nivel provincial la protesta consiguió ser fragmentada ya que los reclamos municipales tendieron a ser escindidos de los provinciales y los reclamos de los trabajadores estatales se diferenciaron de los trabajadores desocupados.

En la sociedad capitalista, en un contexto de marcada desocupación, con sindicatos con cúpulas históricamente anquilosadas y, en el caso de los más democráticos, con estructuras que demandan un dificultoso trabajo para generar los consensos para actuar, los movimientos sociales aparecen como una respuesta ante las dificultades precedentemente señaladas. Es por ello que entre sindicatos y movimientos sociales reconocemos dos lógicas de acción colectiva

En los sindicatos la acción colectiva está condicionada por sus estatutos, de donde emergen las reglas para la toma de decisiones y la acción. En los movimientos sociales la acción tiende a ser directa y extra-institucional, ya que surge de las demandas inmediatas de los sujetos organizados. Las normas que rigen a los sindicatos tienden a establecer relaciones de carácter vertical. En los movimientos sociales las relaciones tienden hacia la horizontalidad y el rechazo a la estructuración de burocracias. Los sindicatos, desde los más burocratizados a los más democráticos, eligen a sus representantes a través de elecciones periódicas y los dirigentes movilizan a sus afiliados en sus lugares de trabajo. En los movimientos sociales la representación surge de las asambleas y se defiende la democracia directa, siendo que los activistas militan en el territorio.

⁶ Una explicación clara de las temporalidades de la movilización entre los diversos actores en lucha: centrales sindicales, trabajadores estatales y trabajadores privados se encuentra en Svampa y Pereyra (2003:26-30)

Los sindicatos y los movimientos sociales son dos respuestas históricas de la clase trabajadora al capital, por lo tanto esta síntesis no pretende indicar que la lógica de acción de unos es más efectiva y mejor a la otra, simplemente pretendemos llamar la atención sobre algunas características que diferencian sus lógicas de acción y que las mismas generan conflictos y tensiones que se convierten en tareas históricas que la clase trabajadora debe resolver en la lucha por su emancipación.

Conclusiones provisionarias

Hemos tratado de mostrar que las tensiones entre sindicatos y movimientos sociales están inmersas en condiciones estructurales e históricas que tornan difícil la unidad de los que viven de la venta de fuerza de trabajo. El caso neuquino reveló que aún cuando los sindicatos, especialmente el sindicato de docentes, adoptaron el piquete como metodología de acción tomando esta decisión en grandes asambleas y teniendo en vista la experiencia de las grandes puebladas, los desacoples entre los ocupados y desocupados perduraron a pesar de que el sindicato encontró un sólido apoyo de los trabajadores desocupados. Por lo tanto, la unidad entre sindicatos y movimientos sociales no puede ser resuelta simplemente reemplazando a las cúpulas sindicales “traidoras”. La unidad requiere asumir la complejidad de la situación y encarar acciones en varias dimensiones: políticas, sociales, culturales.

La experiencia de los noventa nos enseña que la acción colectiva de los trabajadores desocupados, organizados a la manera de movimientos sociales, se caracterizó por un fuerte cuestionamiento a las elites gobernantes, en menor medida a los sindicatos. En la lucha fueron recreando los sentidos y las identidades que justificaron y legitimaron sus demandas y el nuevo repertorio de acción colectiva que asumieron. Por momentos sus prácticas políticas pusieron en máxima tensión las relaciones sociales creadas en el neoliberalismo y adquirieron un poten-

cial político que puso de manifiesto la crisis y agotamiento de las mediaciones institucionales (sindicatos, partidos políticos, gobiernos locales) en un contexto de gran asimetría. Sin embargo a pesar de que la acción directa supuso una gran fuerza interpelante, lo cual reveló una poderosa capacidad destituyente, no desembocó en acciones instituyentes que se expresaran en cambios sustanciales del sistema político.

El caso neuquino además reveló que a pesar de la existencia de una contracultura militante arraigada en un amplio sector de los trabajadores se produjo un desfase con la nueva expresión popular y plebeya que emergió con fuerza en la acción directa pero que encontró serias dificultades a la hora asumir una voluntad instituyente.

Esta conclusiones un tanto pesimistas no deberían olvidar que, aunque hasta ahora hayan prevalecido las dificultades de las clases subalternas para afianzar su unidad y sumar más poder relativo ante las clases dominantes, los procesos de recomposición política no han eliminado las estructuras y las condiciones para que constantemente se abran oportunidades políticas que vuelvan a prefigurar escenarios que posibiliten poner en movimiento las prácticas políticas, económicas, sociales y culturales históricamente acumuladas en la incesante lucha por la emancipación humana. Parafraseando a Anderson⁷ se podría afirmar que *históricamente el viraje de un cambio de época es siempre una sorpresa*.

⁷ Anderson, Perry. *“Neoliberalismo un balance provisorio”*. En *La trama del neoliberalismo*. Comp. (Emir Sader y Pablo Gentile). Buenos Aires. Oficina de Publicaciones de la Universidad de Buenos Aires, 1997.

Bibliografía

Anderson, Perry (1997) *“Neoliberalismo un balance provisorio”*. En *La trama del neoliberalismo*. Comp. (Emir Sader y Pablo Gentile). Buenos Aires. Oficina de Publicaciones de la Universidad de Buenos Aires.

Basualdo, Eduardo (2002) *Sistema político y modelo de acumulación en la Argentina*. Buenos Aires. Universidad Nacional de Quilmes Ediciones.

Bonifacio, José Luis (2009) *“Los procesos de protesta y*

organización de los trabajadores desocupados en la provincia de Neuquén". Tesis de Doctorado presentada en FLACSO- Argentina.

Bonifacio, José Luis, Vidal, Mauricio y Martín, María Sol (2008) *Las tensiones entre los movimientos sociales y los sindicatos*. Brasil. Ponencia presentada en el III Simposio Lutas Sociais na América Latina. Universidad de Londrina.

Offe, Claus (1992) *"Dos Lógicas de Acción Colectiva"*. En *La gestión política*. Madrid. Centro de publicaciones Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.

Svampa, Maristella y Pereyra Sebastián (2003) *Entre la Ruta y el Barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Buenos Aires. Editorial Biblos.

Svampa, Maristella (2005) *La Sociedad Excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires, Taurus.

Svampa, Maristella (2008) *Cambio de época. Movimientos sociales y poder político*. Buenos Aires. Siglo XXI.